

Llegada á Roma la noticia de que terminada la guerra de los piratas, para reposar de ella Pompeyo recorría las ciudades; escribe Manilio, Tribuno de la plebe, un proyecto de ley, para que encargándose Pompeyo del territorio y tropas sobre que mandaba Luculo, y añadiéndosele la Bitinia, que obtenía Glabrio, hiciese la guerra á Mitridates y Tigranes, conservando además las fuerzas navales y el mando marítimo, como lo habia tenido desde el principio; que era en suma confiar á uno solo la autoridad del pueblo Romano. Porque las únicas provincias que parecia no estar contenidas en la ley anterior, que eran la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, la Colquida superior, y la Armenia; estas mismas eran las que se le agregaban ahora, con todas las tropas y fuerzas con que Luculo habia vencido y derrotado á los Reyes Mitridates y Tigranes.

Con todo de Luculo, á quien se privaba de la gloria de sus ilustres hechos, y á quien mas bien se daba sucesor del triunfo que de la guerra, era muy poco lo que se hablaba entre los del partido del Senado, sin embargo de que conocian el agravio y la injusticia que á aquel se irrogaban: sino que llevando mal el gran poder de Pompeyo, que venia á constituirse en tiranía, se excitaban y alentaban entre sí para oponerse á la ley, y no abandonar la libertad. Mas venido el momento todos los demas faltaron al propósito, y enmudecieron de miedo: solo Cátulo clamó contra la ley, y contra quien la habia propuesto; y viendo que á nadie movia, requirió al Senado, gritando muchas veces desde la tribuna, para que como sus mayores buscaran un monte y una eminencia adonde para salvarse se refugiara la libertad. Sancionóse á pesar de esto la ley, segun se dice, por todas las tribus; y Pompeyo, estando ausente, quedó árbitro y dueño de todo cuanto lo fue Sila, apo-

derándose de la ciudad con las armas y con la guerra.

Dícese de él que cuando recibió las cartas y supo lo decretado, hallándose presentes, y regocijándose sus amigos, arrugó las cejas, se dió una palmada en el muslo, y como quien se cansa de mandar prorumpió en estas expresiones: ¡vaya con unos trabajos que no tienen término! ¿Pues no valia mas ser un hombre oscuro para no cesar nunca de hacer la guerra, ni de incurrir en tanta envidia, pasando la vida en el campo con su muger? Al oír esto, ni sus mas íntimos amigos dejaron de torcer el gesto á semejante ironía y simulacion, conociendo que subia muy de punto su alegría con el incentivo que daba á la natural ambicion y deseo de gloria de que estaba poseído, su indisposicion y encono con Luculo.

Justamente lo manifestaron bien pronto los hechos, porque poniendo edictos por todas partes convocaba á los soldados, y llamaba ante sí á los poderosos y á los Reyes que estaban en la obediencia del imperio Romano; y recorriendo la provincia no dejó en su lugar nada de lo dispuesto por Luculo, sino que alzó el castigo á muchos, revocó donaciones; y en una palabra, hizo por espíritu de contradiccion cuanto habia que hacer para demostrar á los que miraban con aprecio á Luculo, que de nada absolutamente era dueño. Quejóse este por medio de sus amigos; y habiendo convenido en verse y conferenciar, se vieron efectivamente en la Galacia. Como era conveniente á tan grandes generales que tan grandes victorias habian alcanzado, los lictores de uno y otro se presentaron con las fasces coronadas de laurel; pero Luculo venia de lugares frescos y defendidos por la sombra, y Pompeyo habia hecho algunos dias de marcha por terrenos áridos y sin árboles. Viendo pues los lictores de Luculo que el laurel de las fasces de Pompeyo estaba seco y marchito enteramente, partiendo del suyo, que se mantenía

fresco, adornaron y coronaron con él las fascas de este; lo que se tuvo por señal de que Pompeyo venia á abrogarse las victorias y la gloria de Luculo. Autorizaba á Luculo la dignidad de Cónsul y su mayor edad; pero la dignidad de Pompeyo era mayor por sus dos triunfos. Con todo su primer encuentro le hicieron con urbanidad y mutuo agasajo, celebrando sus respectivas hazañas, y dándose el parabien por sus victorias; pero en sus pláticas en nada moderado y justo pudieron convenirse, sino que empezaron á motejarse, Pompeyo á Luculo por su codicia, y este á aquel por su ambicion, de manera que con dificultad pudieron lograr los amigos que se despidieran en paz. Luculo en la Galacia distribuyó la tierra conquistada, é hizo otras donaciones á quienes tuvo por conveniente. Pero Pompeyo, que estaba acampado á muy corta distancia, prohibió que se le prestase obediencia, y le quitó todas las tropas, á excepcion de mil seiscientos hombres, que por ser orgullosos reputó le serian inútiles á él mismo, y que á aquel no le guardarian subordinacion. Censurando y vituperando ademas abiertamente sus operaciones, decia que Luculo habia hecho la guerra á las tragedias y farsas de aquellos reyes, quedándole á él tener que combatir con las verdaderas y ejercitadas fuerzas; pues que Mitridates habia al fin recurrido á los escudos, la espada y los caballos. Mas defendiase por su parte Luculo diciendo, que Pompeyo iba á lidiar con la imagen y sombra de la guerra, siendo su maña acabar con los cuerpos muertos por otros, á manera de ave de rapiña, é ir dilacerando los despojos de la guerra; pues que de esta manera habia inscrito su nombre sobre las guerras de Sertorio, de Lépidio y de Espartaco, terminadas ya felizmente, esta por Craso, aquella por Catulo, y la primera por Metelo, por tanto no era de extrañar que se arrogase ahora la gloria de las guerras Arme-

nias y Pónticas un hombre que habia tenido arte para ingerirse en el triunfo de los fugitivos.

Partió por fin Luculo; y Pompeyo, dejando la armada naval en custodia del mar que media entre la Fenicia y el Bósforo; marchó contra Mitridates, que tenia un ejército de treinta mil infantes y dos mil caballos; pero que no se atrevia á entrar en batalla. Y en primer lugar, como hubiese abandonado por ser falto de agua un monte alto y de difícil acceso, en el que se hallaba acampado, lo ocupó Pompeyo; y conjeturando por la naturaleza de las plantas y por el descenso del terreno, que el país no podia menos de tener fuentes, dió orden de que por todas partes se abrieran pozos, y al punto se vió el campamento lleno de gran caudal de agua, de manera que se maravillaron de que en tanto tiempo no hubiera dado en ello Mitridates; y despues acampando próximo á él, consiguió dejarle sitiado; pero habiéndolo estado cuarenta y cinco dias, se escapó sin que aquel lo sintiese con lo mas escogido de sus tropas, dando muerte á los inútiles y enfermos. Habiéndole vuelto á alcanzar Pompeyo junto al Eufrates, puso su campo en frente de él, y temiendo que se adelantase á pasar este rio, sacó armado su ejército desde la media noche, hora en que se dice haber tenido Mitridates una vision que le predijo lo que iba á sucederle. Porque le parecia que navegando con próspero viento en el mar Póntico, veia ya el Bósforo, y los que con él iban se lisonjeaban como el que se alegra con la certeza y seguridad de salir á salvo; pero que de repente se halló abandonado de todos en un débil barquichuelo juguete de los vientos. En el momento de estar en estas angustias y ensueños le rodearon y despertaron sus amigos, diciéndole que tenian cerca de sí á Pompeyo. Fue pues indispensable haber de pelear al lado del campamento; y sacando sus generales las tropas, las pu-

sieron en orden. Advirtió Pompeyo que los cogía prevenidos, y no decidiéndose á entrar en accion entre tinieblas, le pareció que no debian hacer mas que cogerlos en derredor, para que no huyesen, y á la mañana, pues que sus tropas eran mejores, vendrian á las manos; pero los mas ancianos de los Tribunos, rogándole é instándole, le hicieron por fin resolverse. Porque tampoco era la noche del todo obscura; sino que la luna, yendo ya bastante baja, daba suficiente luz para que se vieran los cuerpos, que fue lo que principalmente desconcertó á las tropas del Rey: porque los Romanos tenian la luna á la espalda, y estando ya la luz muy cerca del ocaso las sombras de sus cuerpos iban muy lejos delante de ellos, y se extendian hasta los enemigos, que no podian computar la distancia; sino que como si los tuvieran ya encima, arrojando las lanzas en vano, á nadie alcanzaban. Al ver esto los Romanos, corrieron á ellos con grande gritería, y como no tuvieron valor ni siquiera para esperarlos, sino que se entregaron á la fuga, los acuchillaron y destrozaron, muriendo mas de diez mil de ellos, y les tomaron el campamento. Al principio Mitridates con ochocientos caballos se habia abierto paso por entre los Romanos poniéndose en retirada; pero á poco se desbandaron todos los demas, quedándose con tres solos, entre los que se hallaba la concubina Hipsicracia, que siempre se habia mostrado varonil y arrojada, tanto que por esta causa el Rey la llamaba Hipsicrates. Llevaba esta entonces la sobrevesta y el caballo de un soldado Persa, y ni se mostró fatigada de tan larga carrera, ni con haber atendido al cuidado de la persona del Rey y de su caballo necesitó de reposo, hasta que llegaron al fuerte de Inora, depósito de los caudales y preseas del Rey, de donde tomando este las ropas mas preciosas, las distribuyó á los que de la fuga habian acudido á él. Dió

tambien á cada uno de sus amigos un veneno mortal para que ninguno de ellos se entregase contra su voluntad á los enemigos; y desde allí marchó á la Armenia á unirse con Tigranes; pero como este le desechase, y aun le hiciese pregonar en cien talentos, pasando por encima del nacimiento del Eufrates, huyó por la Colquida.

Mas Pompeyo se dirigió á la Armenia llamado por Tigranes el jóven, que habiéndose ya rebelado al padre, salió á unirse con aquel junto al rio Arajes; el cual, naciendo de los mismos montes que el Eufrates, vuelve luego hácia el oriente, y desagua en el mar Caspio. Recorrieron pues juntos las ciudades, y las fueron reduciendo; y Tigranes el mayor, que poco antes habia sido arruinado por Luculo, sabedor de que Pompeyo era benigno y dulce de condicion, admitió guarnicion en su corte, y acompañado de sus amigos y deudos fue á hacerle entrega de su persona. Llegó á caballo hasta el valladar donde dos liectores de Pompeyo le salieron al encuentro, y le previnieron bajase del caballo y continuase á pie, porque jamas se habia visto á hombre ninguno á caballo dentro de un campamento de los Romanos. Condescendió en ello Tigranes, y desciñéndose la espada, se la entregó. Finalmente cuando llegó ante el mismo Pompeyo, quitándose la tiara, hizo accion de ponerla á sus pie; é inclinando el cuerpo, iba á postrarse con la mayor bajeza ante él; pero Pompeyo, alargándole la diestra, lo levantó y lo sentó á su lado, colocando al otro á su hijo. De todo lo demas les dijo que debian culpar á Luculo, que era quien les habia quitado la Siria, la Fenicia, la Cilicia, la Galacia y la Sofena; que lo que hasta entonces habian conservado lo retendrian, pagando seis mil talentos á los Romanos en pena de sus ofensas; y que en la Sofena reinaria el hijo. A Tigranes fueron muy agradables estas disposiciones; y ha-

biendo sido aclamado Rey por los Romanos; en muestra de su alegría ofreció dar á cada soldado media mina de plata, diez minas á cada Centurion, y un talento á cada Tribuno; pero el hijo se disgustó, y llamado á la cena, respondió que no necesitaba de Pompeyo, que así creía honrarle, porque él encontraria otro entre los Romanos; de resulta de lo cual se le puso en prision para el triunfo. De allí á poco envió Fraates, Rey de los Partos, á reclamar á este jóven por ser su yerno, y al mismo tiempo pedia que pusiera Pompeyo al Eufrates por límite de sus provincias; á lo que contestó este, que Tigranes mas pertenecía al padre que al suegro; y en cuanto al límite se señalaria el que fuese justo.

Dejando á Afranio de guarnicion en la Armenia, le fue preciso marchar contra Mitridates por medio de las naciones que habitan el Cáucaso. De estas las mas populosas son los Albanos y los Iberes: los Iberes estan situados en las faldas de los montes Mosquicos, y los Albanos se inclinan mas al oriente y al mar Caspio. Estos al principio, pidiéndoles Pompeyo el paso, se le habian concedido; pero habiendo cogido el invierno al ejército en aquel pais, y habiendo tenido los Romanos que celebrar la fiesta de los Saturnales, se dispusieron á acometerles en número de cuarenta mil á lo menos cuando fueran á pasar el río Cirno, que naciendo de los montes Iberios, y recibiendo al Arajes que baja de la Armenia, desagüa por doce bocas en el mar Caspio; pero otros dicen que no sucede esto al Arajes, sino que corriendo cerca de aquel entra por sí solo en este mar. Pompeyo pudo oponerse á los enemigos al tiempo del paso; pero los dejó que pasaran con todo sosiego, y cargando con seguridad sobre ellos, los rechazó y des-hizo. Como despues el Rey le hiciese súplicas y enviase embajadores, perdonándole aquella injusta agresion, hizo alianza con él, y marchó contra los Ibe-

res, que no eran inferiores en número; y que siendo mas belicosos que los demas, deseaban con ardor servir á Mitridates, y alejar de allí á Pompeyo. Porque los Iberes no estuvieron nunca sujetos, ni á los Medos ni á los Persas, y aun se libraron de la dominacion de los Macedonios, por haber sido precipitado el paso de Alejandro por la Hircania. Mas á pesar de todo esto los derrotó Pompeyo en una gran batalla, en la que murieron nueve mil, y mas de diez mil quedaron cautivos, entrando despues en la Colquida; y junto al Tasis se le presentó Servilio trayendo las naves con que custodiaba el Ponto.

La persecucion de Mitridates, que se habia acogido á las naciones inmediatas al Bósforo y á la laguna Meotis, ofreció á Pompeyo muchas dificultades, mayormente habiéndosele anunciado que otra vez se le habian rebelado los Albanos. Regresó pues contra ellos encendido en ira y en deseo de venganza, costándole extraordinario trabajo volver á pasar el Cirno por haber hecho los bárbaros empalizadas en gran parte de él; y teniendo que andar un camino áspero y falto de agua, habiendo llenado diez mil odres de ella, continuó su marcha contra los enemigos; á los que alcanzó formados en orden de batalla junto al río Abante en número de sesenta mil hombres de infantería y doce mil de caballería; pero muy mal armados y sin otro vestido los mas que pieles de fieras. Acaudillábalos un hermano del Rey, llamado Coris, el cual, trabada ya la batalla, se dirigió contra Pompeyo; y habiéndole herido con un dardo en la parte donde terminaba la coraza, Pompeyo lo traspasó con un bote de lanza. Dícese que en esta batalla pelearon con los bárbaros las Amazonas, habiendo bajado de los montes que circundan el río Termodonte; porque reconociendo y despojando los Romanos á los bárbaros despues de la batalla, encontraron sí rodela y coturnos amazónicos, aunque no

se vió ningun cuerpo de muger. Habitan las Amazonas las pendientes del Cáucaso por la parte del mar de Hircania; pero no confinan con los Albanos, sino que estan en medio los Gelas y los Leges, y en cada año pasando dos meses en union con estos, orillas del Termodonte, despues se retiran á vivir solas.

Habiéndose puesto Pompeyo en marcha despues de la batalla para la Hircania y el mar Caspio, tuvo que retroceder por la muchedumbre de ciertas serpientes venenosas y mortíferas, cuando no le faltaban mas que tres dias de camino. Retiróse pues á la Armenia menor; y á los reyes de los Elimeos y los Medos que le enviaron embajadores, les contestó amistosamente; pero contra el de los Partos, que invadió la Gordiena, y empezó á molestar á los súbditos de Tigranes, envió tropas con Afranio, que le rechazó y persiguió hasta la Arbielitide. Trajeron ante él á muchas de las concubinas de Mitridates; pero no tocó á ninguna, sino que todas las hizo entregar á sus padres ó deudos; porque en gran parte eran hijas ó mugeres de Generales ó sugetos poderosos. Estratónica, que fue la que gozó de mayor dignidad, y se mantuvo en un alcazar magnífico, era hija, á lo que parece, de un cantor anciano, de pobre suerte en todo lo demas; pero de tal manera se apoderó del corazon de Mitridates, habiendo cantado en un festin, que se la llevó para reposar con ella; mas el viejo salió de allí de muy mal humor, porque ni siquiera le habia dirigido una palabra afable y benigna. Este á la mañana cuando al despertarse vió en su habitacion aparadores con bajilla de oro y plata, gran número de sirvientes, eunucos y jóvenes que le presentaban vestidos de los mas ricos, y á la puerta un caballo con preciosos arreos, como los de los amigos del Rey, creyendo que todo aquello fuese juego y burlería intentó marcharse de la casa; pero deteniéndole los criados, y diciéndole que el Rey le hacia

el presente de la casa de un hombre rico que acababa de morir, y que todo aquello no era mas que primicias y bosquejos de mayores bienes y riquezas, creyólo entonces, aunque todavia con dificultad; y tomando la púrpura, y montando á caballo, dió á correr por la ciudad gritando: todo esto es mio, y á los que se burlaban decia que no era aquello de extrañar, sino el que loco de contento no tirase piedras á cuantos encontrara. De esta estirpe y linage era Estratónica, la cual hizo donacion á Pompeyo de aquel terreno, y le presentó muchos regalos; pero él no tomando mas que aquellos que creyó podian servir de adorno en los templos, ó para dar realce á su triunfo, los demas los dejó á Estratónica para que los disfrutase contenta. De la misma manera, habiéndole presentado el Rey de los Iberes un lecho, una mesa y un trono, todos de oro, haciéndole instancias para que los tomase, lo que hizo fue entregarlos á los cuestores para el tesoro público.

En la fortaleza de Quenon vinieron á las manos de Pompeyo los papeles reservados de Mitridates, y los reconoció con gusto, porque le daban á conocer de un modo muy decisivo sus costumbres. Eran sus libros de memoria, y en ellos descubrió que habia dado muerte con yerbas, ademas de otros varios, á su hijo Ariarates, y á Alceo de Sardis, porque en una carrera de caballos le sacó ventajas. Contenian tambien esplicaciones de ensueños, unos que él mismo habia tenido, y otros que eran de sus mugeres, y cartas poco decentes de Mónica al mismo Mitridates, y de este á aquella. Teofanes refiere haberse encontrado asimismo un discurso de Rutilio, en que le excitaba á acabar con los Romanos que habia en el Asia; pero los mas conjeturan con razon haber sido esta especie una maligna invencion de Teofanes, que quizá aborrecia á Rutilio por no serle en nada parecido; ó acaso tambien á causa de

Pompeyo, á cuyo padre pinta Rutilio como hombre del todo perverso en sus historias.

Pasó de allí Pompeyo á Amiso, y vino á pagar su rencillosa emulacion cayendo en lo mismo que habia reprendido; pues habiendo censurado amargamente en Luculo el que hirviendo aun la guerra hubiese arreglado las provincias, haciendo tambien la distribucion de los dones y premios que los vencedores acostumbran hacer, concluida y terminada aquella; ejecutó él mismo otro tanto en el Bósforo, cuando todavía Mitridates estaba mandando, y conservaba respetables fuerzas, como si todo estuviera acabado: tomando disposiciones en las provincias, y distribuyendo presentes con motivo de haber acudido á él generales y otros sugetos de autoridad, y doce reyezuelos de los bárbaros; y aun por esto, contestando al Rey de los Partos, se desdenó de darle, como todos los demas, el título de Rey de Reyes, por no desagradar á estos otros. Vínole allí el deseo y codicia de recobrar la Siria, y de pasar por la Arabia hasta el mar Rojo, para llegar victorioso hasta el Océano que circunda la tierra. Porque en Africa él fue el primero que llevó sus armas vencedoras hasta el mar exterior; en España puso tambien por término de la dominacion romana el mar Atlántico; y en tercer lugar, persiguiendo dias antes á los Albanos, le habia faltado muy poco para extenderse hasta el mar de Hircania. Púsose pues en marcha para dar la vuelta hasta el mar Rojo; porque por otro lado veia que era muy difícil cazar con las armas á Mitridates, y que era enemigo mas temible huyendo que peleando.

Diciendo por tanto que iba á dejarle en el hambre un enemigo mas poderoso que él, estableció guarda-costas contra los comerciantes que navegaban por el Bósforo, imponiendo la pena de muerte á los que fuesen aprehendidos. Hecho esto, tomó consigo la

mayor parte del ejército, y se puso en marcha; y como Triario hubiese tenido contraria la suerte, y hubiese perecido en un encuentro con Mitridates llegando á punto de encontrar todavía los muertos, insepultos, les hizo un magnífico entierro con muestras de sentimiento y aprecio; cosa que omitida parece fue una de las principales causas del odio de los soldados á Luculo. Sujetó pues por medio de Afranio á los Arabes que habitan el monte Amano; y bajando él á la Siria, por no tener Reyes legítimos, la declaró provincia y posesion del imperio Romano. Domó á la Judea, tomando cautivo á su Rey Aristóbulo, y en cuanto á las ciudades levantó unas de los cimientos, y á otras dió libertad é independencia, castigando á los que las tenían tiranizadas; pero su mas continua ocupacion era administrar justicia, dirimiendo las disputas de las ciudades y los Reyes: para lo que adonde á él no le era dado pasar enviaba á sus amigos; como sucedió á los Armenios y Partos, que habiéndose comprometido en él por un terreno sobre que altercaban, les envió tres jueces y amigables componedores; porque si era grande la fama de su poder, no era menor la de su virtud y clemencia, con las que cubria la mayor parte de los yerros de sus amigos y familiares; pues no sabiendo contener ó castigar á los desmandados, con mostrar á los que iban á hablarle este caracter bondadoso, les hacia llevar sin molestia las extorsiones y vejaciones de aquellos.

El que mas valimiento tenia con él era su liberto Demetrio, mozo que no carecia de talento para lo demas; pero que abusaba demasiado de su fortuna, acerca del cual se refiere lo siguiente. Caton el filósofo, que todavía era joven, pero gozaba ya de gran reputacion, y tenia altos pensamientos, subió á Antioquia, no hallándose allí Pompeyo, con el objeto de ver y observar aquella ciudad. Iba á pie segun

su costumbre; pero sus amigos le acompañaban á caballo. Vió desde cierta distancia delante de la puerta gran número de hombres vestidos de blanco, y á los lados del camino, á una parte jóvenes, y á otra muchachos con entera separacion, de lo que se incomodó, creyendo que aquello se hacia en honor y obsequio suyo, cuando estaba bien distante de apetercerlo. Dijo pues á sus amigos que se apearan, y caminasen á pie con él; y cuando ya estuvieron cerca, el que dirigia todo aquello puesto al frente de la comparsa, y llevaba como distintivo una corona y un baston, les salió al encuentro, preguntándoles dónde habian dejado á Demetrio, y cuándo llegaria. A los amigos de Caton les causó risa; pero Caton exclamó: ¡desgraciada ciudad! y sin decir mas palabra pasó adelante. El que este Demetrio no ofendiese y chocase mas se debía al mismo Pompeyo, que tratado de él con insolencia, no se mostraba disgustado, pues se dice que en los banquetes de Pompeyo, cuando este aguardaba y recibia á los convidados, él estaba ya sentado fastuosamente con el gorro calado hasta mas abajo de las orejas. Aun antes de volver á Italia era ya dueño de los sitios mas deliciosos de sus cercanías y de los mas bellos Gimnasios; y habia adquirido unos soberbios jardines que se llamaban los jardines de Demetrio, cuando Pompeyo hasta su tercer triunfo habitó una casa nada mas que regular y de poco precio. Despues habiendo construido para los Romanos aquel tan magnífico y celebrado teatro, edificó como apéndice de él una casa de mejor aspecto que la otra, aunque nunca tal que pudiera chocar tanto que el que la adquirió despues de Pompeyo, al entrar á reconocerla, se admiró y preguntó: ¿dónde tenia el comedor Pompeyo Magno? así es como se cuenta.

El Rey de la Arabia Petrea al principio no habia hecho ningún caso de las cosas de los Romanos; pe-

ro lleno entonces de miedo, escribió que estaba dispuesto á obedecer y ejecutar cuanto se le mandase; y queriendo Pompeyo confirmarle en este propósito, emprendió para ir á Petrea una expedicion, que no dejó de ser vituperada; porque la graduaban de repugnancia en perseguir á Mitridates, y creian lo mas conveniente volver las armas contra este rival antiguo, que segun se decia habia vuelto á recobrase y á equipar un ejército, con el que se proponia encaminarse por la Escitia y la Peonia á la Italia; pero aquel, que tenia por mas facil derrotar sus fuerzas en la batalla, que echarle mano en la fuga, no queria consumirse en balde persiguiéndole; y por lo tanto usó de estas distracciones en aquella guerra, y anduvo gastando el tiempo. Mas la fortuna le sacó de este apuro, porque cuando ya le faltaba poco camino para llegar á Petrea, al tiempo que en aquel dia iba á sentar los reales, y hacia ejercicio á caballo alrededor de su campamento, llegaron correos del Ponto con buenas nuevas, lo que se conoció al punto en que traian los hierros de las lanzas coronados de laurel: y al verlos, acudieron corriendo los soldados adonde estaba Pompeyo. Quería este concluir el ejercicio; pero como empezasen á gritar y clamar, se apeó del caballo, y tomando las cartas continuaba andando á pie. No habia tribuna, ni habia habido tiempo para levantar la que forman los soldados cortando gruesos céspedes, y amontonándolos unos sobre otros; mas entonces con la priesa y el deseo, echaron mano de los aparejos de los bagages, y así la alzaron. Subió en ella, y les anunció la muerte de Mitridates, el que por habérsele rebelado su hijo Farnaces se habia quitado á sí mismo la vida; y que Farnaces habia sucedido en todos sus bienes y estados, y escribia haberlo así ejecutado en bien suyo y de los Romanos.

Con este motivo el ejército se entregó, como era

natural, á los mayores regocijos, y pasó el tiempo en sacrificios y convites, como si en solo Mitridates hubieran muerto diez mil enemigos. Pompeyo, habiendo puesto á sus hazañas y expediciones un término, que no esperaba le fuese tan facil, regresó al punto de la Arabia; y pasando con celeridad las provincias intermedias, llegó á Amiso, donde recibió muchos presentes de parte de Farnaces, y tambien muchos cadáveres de personas de la casa del Rey; entre los cuales, aunque por el semblante no podia distinguirse muy bien el de Mitridates, á causa de que los embalsamadores se habian olvidado de extraerle el cerebro, le conocieron sin embargo por las cicatrices los que tuvieron la curiosidad de verle; pues Pompeyo no pudo sufrirlo, sino que teniéndolo á abominacion, mandó lo llevaran á Sinope, habiéndose admirado de la brillantez y magnificencia de las ropas y armas de que usaba. Su tahalí, que habia costado cuatrocientos talentos, lo habia sustraído Publio, y lo vendió á Ariarates; y la tiara Cayo, que se habia criado con Mitridates, la regaló secretamente á Fausto, hijo de Sila, que la habia pedido por ser obra muy primorosa. De esto no tuvo por entonces noticia alguna Pompeyo; pero habiéndolo sabido despues Farnaces, castigó á los ocultadores. Habiendo pues ordenado y arreglado los negocios de aquella provincia, el viage de vuelta lo dispuso é hizo con mayor aparato. Asi es que habiendo aportado á Mitilene, dió libertad é independencia á la ciudad por consideracion á Teofanes, y asistió al certamen acostumbrado de los poetas, cuyo único argumento fue entonces sus hazañas. Gustóle mucho aquel teatro, y tomó el diseño de su figura para construir otro semejante en Roma, aunque mayor y mas magnífico. Llegado á Rodas, oyó á todos los Sofistas, y regaló á cada uno un talento; y Posidonio escribió la conferencia que tuvo á su

presencia contra el retórico Hermágoras sobre la invencion oratoria en general. En Atenas se condujo del mismo modo con los filósofos; y habiendo dado á la ciudad cincuenta talentos para sus obras, esperaba aportar á la Italia el mas próspero y feliz de los hombres, con ansia por ser visto de los que deseaban su vuelta; pero el mal genio, á quien debe de estar encargado mezclar siempre alguna parte de mal con los mayores y mas brillantes favores de la fortuna, le estaba preparando tiempo habia un regreso que le fuese de sumo dolor; porque Mucia lo habia cubierto de ignominia durante su ausencia. Mientras estuvo lejos no hizo gran caso Pompeyo de los rumores que le llegaron; pero cuando se halló cerca de la Italia, y tuvo mas tiempo para pensar en ellos por lo mismo que se aproximaba á la causa, le envió el repudio, sin manifestar entonces por escrito, ni haber dicho despues por qué motivo se divorciaba; pero en las cartas de Ciceron se manifiesta cuál fue el que intervino.¹

Empezaron á correr por Roma diferentes especies acerca de Pompeyo, y era grande la inquietud que habia, porque al punto haria entrar el ejército en la ciudad, y se consolidaria su monarquía. Craso, recogiendo sus hijos y su caudal, se ausentó, ó porque verdaderamente temiese, ó por conciliar, lo que parece mas cierto, mayor crédito á aquella acusacion, y suscitar contra él mas violenta envidia. Mas Pompeyo, luego que puso el pie en tierra en Italia, congregó en junta á los soldados, y habiéndoles hablado con la mayor afabilidad y agrado de lo que convenia, les dió orden de que se restituyeran cada uno á su patria, y se retiraran á sus casas, no olvidán-

¹ Ciceron en la epístola 12, lib. 1.º, á Atico dice: á todo el mundo ha parecido bien el divorcio de Mucia. Se ve cual habria sido su conducta.